



EDITORIAL

PhD. Dayana Lozada-Núñez¹

E-mail: rtest@excedinter.com

¹ Editorial Exced. Ecuador.

Estimados lectores:

Cada época plantea sus propias preguntas, pero existen momentos en los que la velocidad de las transformaciones obliga a revisar no solo las respuestas disponibles, sino también la manera en que construimos conocimiento. El presente es uno de esos momentos. Los cambios tecnológicos, las tensiones sociales, las nuevas exigencias educativas, los dilemas éticos, las amenazas a la seguridad, el envejecimiento poblacional y la creciente presión sobre los recursos naturales configuran una realidad que difícilmente puede comprenderse desde perspectivas aisladas.

El Volumen 6, número 3, correspondiente al período septiembre-diciembre, de la Revista Transdisciplinaria de Estudios Sociales y Tecnológicos (RTEST), publicada por Editorial EXCED, se articula alrededor de esa complejidad. Bajo el eje Ciencia y sociedad ante los desafíos humanos, tecnológicos y ambientales del presente, esta edición reúne investigaciones que, desde diferentes campos y contextos, permiten observar algunas de las transformaciones que están redefiniendo nuestra relación con el conocimiento, la tecnología, la sociedad y el ambiente.

Una primera cuestión atraviesa buena parte de estas preocupaciones: ¿cómo preparar a las personas para desenvolverse en sociedades cada vez más complejas? La respuesta comienza inevitablemente en la educación. Formar para el presente exige superar modelos centrados exclusivamente en la transmisión de contenidos y avanzar hacia experiencias capaces de estimular creatividad, pensamiento crítico, colaboración, autonomía, sensibilidad social y capacidad para resolver problemas. La educación adquiere así una dimensión profundamente humana: enseñar también significa aprender a convivir con otros, reconocer diferencias y construir espacios donde la diversidad pueda participar plenamente.

Esta mirada sitúa la inclusión en el centro de cualquier proyecto educativo verdaderamente contemporáneo. No puede hablarse de progreso cuando determinadas personas permanecen condicionadas por barreras sociales, culturales, económicas, tecnológicas o institucionales. La inclusión no constituye una concesión, sino una expresión concreta de la igualdad y de la dignidad humana. Pensarla desde la educación significa también proyectarla hacia la sociedad que aspiramos a construir.

Pero formar personas capaces de habitar el presente implica igualmente prepararlas para relacionarse críticamente con la tecnología. La acelerada expansión de la inteligencia artificial ha convertido esta cuestión en uno de los grandes debates de nuestro tiempo. Sus posibilidades son extraordinarias, pero también lo son las preguntas que genera. Cuando una tecnología interviene en procesos educativos, decisiones médicas, análisis de información o actividades tradicionalmente asociadas con el juicio humano, aparecen interrogantes sobre responsabilidad, transparencia, autonomía, privacidad, equidad y límites de actuación.

El verdadero desafío, por tanto, no consiste en elegir entre humanidad y tecnología. Consiste en determinar cómo queremos relacionarlas. Una sociedad tecnológicamente avanzada no es necesariamente una sociedad más justa, y una innovación técnicamente eficiente no garantiza por sí misma un resultado socialmente deseable. La dimensión ética debe acompañar al desarrollo tecnológico desde su concepción y no aparecer únicamente cuando sus consecuencias ya resultan visibles.

Esta responsabilidad alcanza también al derecho y a las instituciones. Las sociedades contemporáneas demandan mecanismos capaces de responder a nuevas expresiones de desigualdad, proteger derechos, fortalecer la justicia y orientar la actuación profesional mediante principios éticos sólidos. Los cambios sociales obligan a interpretar las normas dentro de contextos humanos concretos y recuerdan que la legitimidad institucional depende tanto de la

existencia de reglas como de la capacidad para aplicarlas con responsabilidad, equidad y respeto por la dignidad de las personas.

A escala global, esta necesidad de adaptación se vuelve aún más evidente. Conflictos, amenazas emergentes, incertidumbre política y riesgos multidimensionales han convertido la capacidad de anticipación en un componente esencial de la resiliencia de los Estados y las sociedades. Planificar en escenarios de incertidumbre significa aceptar que el futuro no puede predecirse completamente, pero también comprender que puede ser estudiado, anticipado y enfrentado mediante conocimiento, cooperación y capacidad estratégica.

La tecnología ofrece herramientas importantes para esa cultura de prevención. Sistemas conectados, sensores, procesamiento de datos y mecanismos automatizados permiten detectar riesgos y responder con una rapidez difícilmente imaginable hace apenas unas décadas. Sin embargo, el valor de estas innovaciones no reside exclusivamente en su sofisticación técnica. Su verdadero impacto se mide por su capacidad para proteger vidas, prevenir daños, mejorar servicios y responder a necesidades sociales concretas.

Algo similar ocurre con la transformación ambiental. La crisis climática, el agotamiento de recursos y los impactos asociados con los modelos tradicionales de producción y construcción obligan a reconsiderar nuestra relación material con el planeta. Ya no basta con producir más eficientemente; resulta necesario pensar qué producimos, con qué recursos, durante cuánto tiempo puede utilizarse y qué sucede cuando termina su vida útil.

En este contexto, los avances en materiales inteligentes, recursos renovables, biomateriales y aprovechamiento de componentes naturales muestran una ciencia que comienza a desplazarse desde modelos extractivos hacia soluciones más adaptativas y circulares. La innovación material puede contribuir a reducir consumo energético, aprovechar recursos de manera responsable, prolongar la vida útil de infraestructuras y disminuir impactos ambientales. La sostenibilidad deja entonces de ser un complemento del desarrollo para convertirse en una condición de su viabilidad futura.

Sin embargo, la relación entre seres humanos y naturaleza no puede comprenderse exclusivamente desde la tecnología. Existen comunidades en las que familia, territorio, aprendizaje, trabajo y aprovechamiento de los recursos forman parte de una misma experiencia social. Reconocer estas realidades amplía la mirada científica y evita reducir el desarrollo a una única trayectoria. Los conocimientos construidos y transmitidos en contextos locales también permiten comprender cómo las sociedades se relacionan con sus entornos y cómo esas relaciones cambian entre generaciones.

La dimensión humana atraviesa igualmente las cuestiones relacionadas con salud, bienestar y calidad de vida. Las sociedades contemporáneas enfrentan el desafío de acompañar a las personas durante todas las etapas de su existencia, desde una infancia en la que se forman capacidades cognitivas, emocionales y sociales hasta una vejez en la que preservar autonomía, movilidad y participación constituye una necesidad fundamental. El desarrollo científico adquiere pleno significado cuando sus resultados se traducen en posibilidades reales para vivir mejor.

Educación, derechos, ética, tecnología, seguridad, salud y ambiente podrían parecer territorios independientes. No lo son. Una decisión tecnológica puede convertirse en un problema ético; una desigualdad social puede transformarse en una barrera educativa; una innovación científica puede producir consecuencias ambientales; una crisis política puede afectar derechos, economías y comunidades; y una transformación demográfica puede modificar las prioridades de los sistemas educativos, sanitarios y sociales.

Precisamente en estas conexiones encuentra sentido la transdisciplinariedad. No se trata de colocar varias disciplinas alrededor de una misma mesa y mantener intactas sus fronteras. Se trata de permitir que las preguntas atraviesen esas fronteras. La realidad no está organizada en departamentos académicos. Sus problemas aparecen entrelazados y, por ello, las respuestas más relevantes suelen surgir cuando diferentes formas de conocimiento consiguen dialogar.

Este número de RTEST refleja esa vocación. La diversidad de procedencias, objetos de estudio y aproximaciones metodológicas expresa una ciencia que observa simultáneamente lo local y lo global, lo humano y lo tecnológico, lo social y lo ambiental. Esa pluralidad constituye una fortaleza cuando existe un propósito común: comprender problemas relevantes y generar conocimiento capaz de contribuir a su transformación.

Desde la Revista Transdisciplinaria de Estudios Sociales y Tecnológicos y Editorial EXCED reafirmamos el compromiso con una investigación abierta al diálogo entre campos científicos, territorios y culturas. Frente a la velocidad de los cambios actuales, necesitamos una ciencia rigurosa, pero también sensible a sus consecuencias; innovadora, pero consciente de sus responsabilidades; especializada, pero capaz de mirar más allá de sus propias fronteras.

El futuro no será únicamente tecnológico, ambiental, educativo o social. Será el resultado de la interacción entre todas estas dimensiones. Comprender esa interdependencia constituye uno de los mayores desafíos del conocimiento contemporáneo. La ciencia puede ayudarnos a imaginar ese futuro. La responsabilidad colectiva consiste en decidir cómo queremos construirlo.